(2)ZBE.5

22101977982

A
C

exploración ni espesos bosques, ni alta cordillera, ni laberíntico estrecho, ni ríos caudalosos; pues si las barreras naturales y el esfuerzo de los indios rechazaban á veces á los que descubrían ó conquistaban, revolvíanse éstos como el río Amazonas, cuyas aguas, rechazadas por la marea á gran distancia de la desembocadura, forman elevadas olas, que inundan las riberas. Y recorriendo tantos países, tan brillante y seductora vieron y mostraron á América, que si en la Edad antigua, los que ansiaban gloria, provecho ó mayor noticia del mundo, decían: *Á la India*, y en la Edad media añadían: *al Catay y Cipango*; también en la Edad moderna se amplió el propósito, y *á América* dijeron á una voz viajeros, mercaderes, políticos, misioneros y capitanes (*Grandes aplausos*).

GOBIERNO

DE

FREY NICOLÁS DE OVANDO

EN LA ESPAÑOLA.

ATENEO DE MADRID

GOBIERNO DE FREY NICOLÁS DE OVANDO

EN LA ESPAÑOLA

CONFERENCIA

DE

D. CÁNDIDO RUIZ MARTÍNEZ

pronunciada el día 8 de Mayo de 1892

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, núm. 20

1892

Señores:

Como los límites de una conferencia son muy reducidos, no quiero perder el tiempo en preámbulos, pues que ha de hacerme falta para desarrollar el tema, objeto de esta conferencia, y aun así tendré que prescindir de muchas cosas que no carecen de interés. Además nos conocemos ya de antiguo; yo sé cuánta es vuestra benevolencia y vosotros sabéis cuánta necesidad tengo de ella; baste esto como exordio y entremos desde luego en materia.

No es el Comendador Fr. Nicolás de Ovando una figura saliente y vigorosa de esas que tanto abundan en el descubrimiento y conquista de América. Al lado de Colón, Cortés, Pizarro, Núñez de Balboa, Magallanes, Elcano y otros, el nombre de Ovando aparece en el cielo de aquella grandiosa epopeya, como satélite que únicamente brilla por la luz que recibe de espléndidos soles. Mas no por eso deja de ser interesante el estudio de su historia, para los que quieran formarse cabal idea del desarrollo que tuvo en las Indias la dominación española en los primitivos tiempos de la conquista. Fué el primer Gobernador General que, con estabilidad y perseverancia, rigió la isla Española, así como todas las demás islas y Tierra Firme, que dependían entonces de ella; echó allí los cimientos de nuestro régimen político nacional; fundó porción de villas pobladas por castellanos, los cuales aumentaron en su tiempo, desde 300

que había á su llegada hasta 10 ó 12.000 que hubo luego; ordenó y reglamentó el laboreo de minas, la labranza y granjería en los campos y la tributación al Estado; se preocupó de la Administración de justicia y del dominio espiritual de la Iglesia, y planteó, en fin, multitud de leyes, prerrogativas y costumbres, las cuales, unas benéficas y otras abusivas, pasaron, en gran parte, á otras comarcas, siendo como el germen de las venturas y desgracias que nos acaecieron más tarde en las Indias.

Por eso creo yo que no están demás, en este curso de conferencias, que tan amplia y detalladamente abarca todo lo relativo al descubrimiento del Nuevo Mundo, algunas consideraciones sobre el gobierno de Ovando en la Española.

No es tarea fácil la que me propongo, porque esta misma insignificancia del Comendador de Lares, comparado con otras figuras de entonces, hace que los historiadores, tanto antiguos como modernos, atraídos por hazañas y héroes de más relevantes méritos, hayan dedicado poco espacio y atención á su estudio.

De aquí una gran confusión y vaguedad en las noticias relativas á este personaje, y, lo que es aún más grave, una gran diversidad y hasta oposición de criterios, al juzgar su carácter y conducta. Historiadores hay que le presentan prudente, moderado y justo; otros, en cambio, si le dedican algunas páginas, es para entregar su memoria á la execración de los siglos, pintándole como un espíritu mezquino lleno de crueldad y envidia. Desgraciadamente para España, porque al fin de un hijo de España se trata, son muchos más los últimos que los primeros, y los hechos, en que todos están conformes, justifican sus censuras, ya que no sus exageraciones.

Yo, que no vengo aquí influído por ninguna clase de prejuicio, ni ganoso de alcanzar notoriedad exponiendo ideas que chocan con la Historia y repugnan á la opinión, citaré los hechos de la gobernación de Ovando en la Española, debidamente comprobados, y las consideraciones que haga serán meras consecuencias, sencillos corolarios que se desprenden de estos hechos y de los documentos que á ellos se refieren.

España entera se había conmovido al saber que Cristóbal Colón, el intrépido navegante, el descubridor de tierras descono-

cidas, había llegado á sus playas, cruzando preso aquellos mismos mares que antes cruzó cual victorioso conquistador, y que había venido cargado de hierros como un criminal el que antes fué aclamado como un Mesías. Las grandes colectividades no analizan ni discuten, pero tienen un superior instinto de justicia cuando glorifican con sus aplausos ó condenan con sus censuras; y por eso la nación española, sin pararse á examinar residencias más ó menos exactas, sintió desde el primer instante que en el fondo de aquella prisión existía, cuando menos, una inmensa ingratitud para con el Almirante y un inexcusable oprobio para los que la hubieran decretado. (*Bien, bien.*)

Este sentimiento general, unido al pesar que los Reyes tuvieron viendo á Colón en tan triste estado, y á las justas quejas y reclamaciones de éste, á fin de que se vindicara su honra y se le devolvieran derechos y privilegios formalmente estipulados, fueron las causas inmediatas de la desgracia de Bobadilla. Los Reyes, sin embargo, y en esto quizás obraron con prudencia y buen acuerdo, comprendiendo lo impolítico de la vuelta de Colón, allí donde aun ardían los odios contra él, odios que habían suscitado sublevaciones y disturbios en la isla Española, aplazaron por algún tiempo darle reparación, hasta que al fin, apremiados por sus peticiones y por las noticias que llegaban de la mala gobernación de Bobadilla, decidieron mandar allí un hombre imparcial y sensato, que pusiera en orden aquellos asuntos, calmando las rebeldías y administrando recta y sabia justicia. El elegido fué el Comendador de Lares, caballero de la Orden de Alcántara, Fr. Nicolás de Ovando.

Para satisfacer las exigencias de Colón se le dijo que el nuevo gobernador de la Española lo sería sólo durante dos años, pasados los cuales y tranquilizada la isla, se le devolvería el mando con todas sus preeminencias, como de derecho le correspondía. Conviene tener en cuenta este carácter transitorio con que Ovando marchó á las Indias; porque entiendo que influyó mucho en algunos actos de su conducta posterior, que han sido calurosamente discutidos.

Nació D. Nicolás de Ovando el año 1470, en el pueblo de Brozas, provincia de Cáceres, y pertenecia á una distinguida familia que, antes y después de esta época, honró á la patria con

insignes varones de este mismo apellido. Era pariente, aunque lejano, de Hernán Cortés, y cuando éste marchó por vez primera á las Indias, en 1504, llevó cartas de recomendación para Ovando, que entonces gobernaba la isla Española, el cual le acogió muy bien, ayudándole y favoreciéndole en cuando pudo.

Aun no había complido Ovando veintidós años, cuando ingresó en la Orden de San Francisco, de la cual fué siempre muy afecto; y en 1498, al partir Colón para su tercer viaje, se ofreció á acompañarle, ofrecimiento que no fué aceptado por el Almirante.

Debía gozar Ovando gran estima de los Reyes Católicos, como lo demuestra el haber sido uno de los diez jóvenes elegidos para educarse al lado del príncipe D. Juan, y también el hecho de designarle para mandar la Española en época que aquella administración atravesaba por circunstancias bien difíciles.

El P. Las Casas, que conoció personalmente á Ovando, puesto que partió para las Indias en la misma flota llevada por éste, que permaneció allí durante todo el tiempo de su gobierno, que fué testigo presencial de muchos hechos referidos en su historia, y que es por consiguiente quien debe merecernos más crédito en cuanto se refiere á este personaje, lo describe del siguiente modo:

«Este caballero era varon prudentísimo y digno de gobernar mucha gente, pero no indios, porque con su gobernacion, inestimables daños, como abajo parecerá, les hizo. Era mediano de cuerpo y la barba muy rubia ó vermeja, tenia y mostraba grande autoridad, amigo de justicia; era honestísimo en su persona, en obras y palabras; de cudicia y avaricia muy grande enemigo y no pareció faltarle humildad, que es esmalte de virtudes; y dejando que lo mostraba en todos sus actos exteriores, en el regimiento de su casa, en su comer y vestir, hablas familiares y públicas, guardando siempre su gravedad y autoridad, mostrólo asimismo, en que después que le trajeron la Encomienda mayor, nunca jamás consintió que le dijese alguno señoría. Todas estas partes de virtud y virtudes, sin duda ninguna en él cognoscimos.»

Firmaron los Reyes su nombramiento é instrucciones que le

acompañaban en Septiembre de 1501 en la ciudad de Granada, donde entonces se hallaba la Corte, y aunque le dieron prisa para que se embarcara cuanto antes, no pudo hacerlo hasta el 13 de Febrero de 1502, primer domingo de Cuaresma, que partió de Sanlúcar, llevando 32 naves con 2.500 hombres, la mayor parte nobles é hijosdalgo. Mandaba la flota Antonio Torres, hermano del ama del Príncipe, y en ella también iban doce franciscanos con el prelado Fr. Alonso del Espinal, para establecer allí la Orden. Hasta entonces no había salido para las Indias escuadra más lucida y numerosa.

Á los siete ú ocho días de navegación, se desencadenó un violento temporal que la puso en grave peligro. Una de las mayores naves, la *Rábida*, se fué á pique; las demás tuvieron que arrojar al agua gran parte de su cargamento, y sólo así lograron llegar, dispersas y malparadas, unas á las costas de África y otras á las islas Canarias. En la Península creyeron que toda la flota había perecido, y tan gran dolor sintieron los Reyes al tener noticia de este supuesto desastre, que estuvieron una porción de días sin ver ni hablar á persona alguna.

Pasado el huracán y reunidos los navíos en la isla Gomera, adelantose Ovando con los quince ó diez y seis más ligeros, entrando sin otro contratiempo en el Puerto de Santo Domingo el 15 de Abril. Antonio de Torres, con la otra mitad de la flota, llegó unos quince días después.

Entre las instrucciones que llevaba Ovando para la buena administración de la isla, se le recomendaba muy encarecidamente que tomara residencia á Bobadilla y lo enviase á España, así como también á Francisco Roldán y demás personas que se habían sublevado contra el Adelantado D. Bartolomé Colón; que pusiera en orden los asuntos del Almirante, restituyéndole todos los bienes y riquezas que indebidamente se le habían secuestrado á él y sus hermanos; que reglamentase la explotación y tributación de las minas bajo ciertas condiciones alteradas indebidamente por Bobadilla, y que tratase bien á los indios, como personas libres que eran y en modo alguno como siervos, sin consentir que nadie les molestase ni hiciese daño bajo severas penas. Veremos cómo cumplió Ovando este último mandato de la piadosa reina Isabel.

Tomada la residencia á Bobadilla, y cuando éste se disponía á embarcarse para España en la flota que había llevado Ovando, se aproximó á Santo Domingo, en Junio de aquel año, Cristóbal Colón que emprendía su cuarto y último viaje. Teniendo necesidad de cambiar uno de los cuatro navíos que llevaba por otro que tuviera mejores condiciones de estabilidad y resistencia, envió en una barca al capitán Pedro de Terreros para que, pidiendo permiso al Gobernador, les dejase entrar en el puerto. Nicolás de Ovando, y aquí empieza ya á mostrar su ojeriza hacia Colón, se lo negó en absoluto. Es cierto que los Reyes habían dicho al Almirante no tocase en la Española sino en caso de extrema necesidad; probable es que Ovando tuviera análogas instrucciones, á fin de evitar que Colón se encontrase allí con sus enemigos; pero nada de esto impedía que el Gobernador le hubiera facilitado un navío de los muchos que tenía á su disposición para que continuara su viaje sin peligro. Aun prescindiendo de los méritos y gloria del descubridor del Nuevo Mundo, esto era lo menos que podía hacer una autoridad española con una flota que iba al servicio de España, y con un hombre que exponía por cuarta vez la vida para dar honra y poderío á sus Reyes acrecentando sus dominios. (*Muestras de asentimiento.*) Colón sintió, como es natural, este desaire; sin embargo, tuvo bastante grandeza de alma para avisar nuevamente á Ovando, diciéndole que no dejase salir la flota que traía á Bobadilla porque se preparaba una gran tormenta. No se hizo caso de sus advertencias, y todos sabéis el trágico fin que tuvo, casi á la vista del Almirante, aquel que le envió con grillos á España y los que contra él se habían sublevado.

El nuevo Gobernador procuró desde luego poner algún concierto en aquella desarreglada administración. Á su llegada había sólo 300 españoles en la isla, repartidos en cuatro villas: *Santo Domingo*, *Concepción*, *Santiago* y *Bonao;* pero el mismo huracán que hizo naufragar la flota de Bobadilla destruyó casi toda la población de Santo Dnmingo, cuyas casas, entonces, eran de madera y paja. El Comendador la hizo reedificar al otro lado del río, es decir, á la derecha del Ozama, cuyo nuevo asiento era menos favorable é higiénico que el antiguo, á causa de ciertas condiciones locales. Mandó también que se

empezasen varios edificios de mampostería, entre otros el llamado *La Fortaleza*, para residencia de la primera autoridad, el monasterio de San Francisco, el hospital de San Nicolás, y algunos más que fueron levantándose sucesivamente.

En esto de la edificación de villas, es ciertamente donde Ovando se manifiesta más activo é incansable. Reedificada Santo Domingo, mandó construir otra en la costa Norte de la isla, á la que llamó *Puerto de Plata*, á fin de poblar con españoles aquella región, en la que había muchos indios, y también para que las flotas llegadas de España tuviesen un puerto más cómodo y fácil que el del Ozama. Á esta siguieron muchas más que después iremos viendo.

Tropezaba Ovando con serias dificultades para el buen acierto de su administración. Había llevado consigo 2.500 hombres que, atraídos por las maravillas contadas de las Indias, iban con el único objeto de acaparar oro sin trabajos ni penalidades, y volverse seguidamente á España con su preciado botín. Aquellas fertilísimas comarcas, que cultivadas hubieran podido proporcionar alimento y enriquecer á este número y muchos más, eran miradas casi con desprecio, y nadie se preocupaba de arrancar á la corteza de la tierra lo que suponían hallar gratuitamente en sus entrañas. Así es que en cuanto llegaron, después de proveerse de las herramientas precisas y de algunos víveres, salieron en interminable procesión buscando las codiciadas minas y creyendo que sólo necesitaban llegar á ellas para recoger el rico vellocino. Esto dió pronto sus fatales y necesarias consecuencias. Los útiles, las ropas y los alimentos, se encarecieron de un modo increible; las minas necesitaban un trabajo rudo y penoso para dar algún oro, que nunca correspondía á sus esperanzas; y como no sabían explotarlas, ni iban dispuestos á trabajar, la mayor parte regresaron á Santo Domingo desengañados, hambrientos y llenos de deudas. Para aumentar su desgracia, cebáronse en ellos las enfermedades, á tal extremo, que en poco tiempo murieron más de mil, cifra aterradora si se considera que entonces no había más de 2.800 en toda la isla. Los que quedaron, medio desnudos, sin víveres y enfermos, sufrieron una gran miseria, y sólo algunos previsores, que no se habían dejado deslumbrar por el brillo del oro, escaparon

con suerte en medio de tantas calamidades. ¡Castigo parece éste providencial para aquellos que se lanzaron á las costas de América, llevando la codicia como único norte, y ajenos á toda idea grande y generosa, á todo sentimiento noble y patriótico!

Ovando tenía, pues, que atender á tanto clamor como se levantaba pidiendo protección y ayuda, sin contar con medios suficientes para socorrer tamañas desdichas. No podía tampoco dejar de apremiar á los que explotaban las minas, para que pagasen el tributo debido á la corona, tributo que su antecesor había abolido, y que Ovando restableció á su llegada por mandato de los Reyes. Sabía muy bien que en España se apreciaba el mérito de las Indias y de sus Gobernadores, principalmente por el oro que remitían, y esta consideración, que sin duda pesaba mucho en su ánimo, fué una de las causas que más le impulsaron á obrar con los indios como después lo hizo. Consiguió, sin embargo, que los Reyes en diversas ocasiones rebajasen la parte de oro que á ellos correspondía, desde la mitad, que era en un principio, hasta la quinta parte que fué últimamente.

Pero si Ovando se mostró benigno y prudente con los españoles que estaban bajo su autoridad, quizás porque el recuerdo de las pasadas insurrecciones le hizo comprender que teniéndolos contentos tenía mucho adelantado para mantenerse en el mando, no le sucedió lo mismo respecto á los desdichados naturales de Haití.

La primer noticia que dieron los castellanos que allí se encontraban á los recién llegados con Ovando, fué la de que estaban sublevados los indios de la provincia de Higuey, la parte más oriental de la isla. Debo advertir que, en aquella época, decían los españoles que los indios se sublevaban cuando, cansados de los vejámenes, tropelías y abusos cometidos con ellos, huían á las montañas y cavernas para librarse del despótico yugo de sus opresores. Dieron esta noticia llenos de gozo y como la más grata que podian comunicarles, porque así tenían ocasión de hacerles la guerra y coger muchos prisioneros para esclavizarlos. Esto sólo muestra cómo se respetaba la libertad de aquellos naturales tan recomendada por la Reina Isabel.

Ovando mandó á Juan de Esquivel con 300 ó 400 hombres á dicha provincia para que hiciese la guerra á Cotubanamá, caci-

que que la regía y uno de los más poderosos de la isla. No es mi ánimo referir los detalles de esta campaña ó, mejor dicho, matanza, ni de las otras que sostuvo el Comendador Mayor con los indios durante su permanencia en la Española. El tiempo de que dispongo lo impide y, aunque así no fuera, yo dejaría de hacerlo por un sentimiento de humanidad. ¡Ojalá pudiésemos arrancar esas negras páginas en la historia de nuestra patria, que siempre han de leer con horror los corazones honrados y que son una implacable acusación y una eterna mancilla para aquellos de sus hijos que tamañas crueldades cometieron!

Pacificado brevemente el Higuey, dejó allí Juan de Esquivel, en una fortaleza de maderas, á nueve hombres mandados por Martín de Villaman, para que vigilasen á los indios de cerca y cobrasen los tributos que se habían ofrecido á pagar.

Muy poco tiempo después los españoles que, como he dicho, anhelaban la guerra por la impunidad con que la hacían y las ventajas que les reportaba, se quejaron con insistencia al Gobernador de que los indios de la provincia de Jaragua, que está al extremo Oeste de la isla, proyectaban un alzamiento general contra los cristianos. Ovando, que era suspicaz y receloso, aunque nada probaba ciertamente el denunciado intento, se dispuso á escarmentarlos con un terrible castigo que resonara en toda la isla y aterrase á los sencillos indígenas.

Reinaba en Jaragua, por muerte del cacique Behechio, su hermana Anacaona. Todos los historiadores de Indias se ocupan de esta mujer excepcional, que tenía fama entre indígenas y españoles por su extraordinaria belleza y su talento nada común. Seis años antes había estado D. Bartolomé Colón en su reino para concertar tributos, y tanto ella como su hermano dispensaron á los españoles una entusiasta acogida, agasajándoles con cuanto tenían de más precio y valor.

No faltaban, ciertamente, á Anacaona motivos de resentimiento para con los cristianos. Habían preso á su marido, el poderoso cacique Caonabó, siendo causa de su muerte; habían abusado torpemente de su hija los que, sublevados con Francisco Roldán, se acogieron á sus feraces dominios; habían cometido toda clase de atropellos con sus pacíficos vasallos; y sin embargo, comprendiendo ella, por una triste experiencia, los

fatales resultados que producía hacer cara á los castellanos, soportaba con paciencia todos sus desmanes, pagaba con puntualidad los tributos concertados y no permitía que se hiciese el menor daño á los pocos españoles que, restos de las pasadas sublevaciones, aun vivían en su territorio con los indios.

Ovando se encaminó con 300 infantes y 70 caballos á Jaragua. Al saber Anacaona que el Gobernador se aproximaba para hacerle una visita, pues así se habían anunciado, mandó llamar á todos los Señores de su Estado y salió á recibirlo con 300 de ellos, luciendo sus más vistosas galas y acompañada de las 30 doncellas más hermosas de su servidumbre, para que marchasen delante del Gobernador bailando los *areytos*, que eran sus cantos populares y legendarios, y en la composición de los cuales sobresalía la misma Anacaona. Como regalos y presentes les ofrecían pan y tortas de cazabí, hutias guisadas de diferentes maneras, frutas, caza, pesca y cuanto tenían de más sabroso y agradable.

Aposentaron á Ovando en la mejor y más espaciosa casa del pueblo, y á los demás en las restantes. La comarca entera se despobló para venir á ver los cristianos y las fiestas que organizaba tan poderosa Reina en su obsequio. Juegos de pelota, en el cual se distinguían mucho los indios, simulacros de guerra, bailes, canciones del país y otras muchas de sus habilidades lucieron á fin de hacer grata la visita á sus huéspedes.

Á un hombre de corazón más sensible y de ánimo menos suspicaz que el de Ovando, hubieran desarmado seguramente estas muestras de afecto y simpatía, dadas por una multitud que, indefensa, desnuda y sin sospechar la terrible catástrofe que se preparaba, acudía allí con la tranquilidad y confianza de los que nada tienen que temer, porque nada malo han imaginado.

Mas el Comendador se mostró inexorable. Dadas las instrucciones á los suyos, anunció un domingo, después de comer, que sus caballeros iban á celebrar unas justas ó cañas á usanza de Castilla. Esto regocijó mucho Anacaona y su gente, porque no habían visto semejante juego y eran aficionados á los simulacros de batallas. Invitó Ovando á los principales Señores para que entraran en la casa donde se encontraban él y la Reina y presenciasen desde allí la fiesta. Una vez dentro, asomóse á

una ventana, puso la mano sobre la cruz de Alcántara que ostentaba en su pecho, y era la señal convenida, é inmediatamente rodearon la casa multitud de españoles, mientras que otros en el interior sujetaban á Anacaona y los suyos en número de 80. Atados á los troncos que sustentaban la techumbre, y fuera ya los castellanos con Anacaona, prendieron fuego á la habitación, que compuesta de madera y paja, bien pronto se convirtió en inmensa hoguera. En tanto que aquellos desdichados expiaban así la sospecha de una sublevación y atronaban el aire con sus lamentos y las rojizas llamas lamían sus cuerpos retorcidos por el dolor, los jinetes embistieron furiosos contra aquella masa de indios alanceándolos sin piedad, pisotearon con sus caballos mujeres y niños, persiguieron sin descanso á los inermes indios que, llenos de terror, huían despavoridos hacia las montañas y las costas, y no cesaron su matanza, hasta que, llegados al mar, algunos pudieron salvarse en canoas y otros se arrojaron al agua, pensando que las amargas y revueltas olas habían de ser más compasivas que aquellos crueles y despiadados enemigos. (*Aplausos.*)

Á Anacaona se le concedió el honor de ser ahorcada, y así tuvo fin aquella hermosa mujer, cuya belleza y discreción no pudieron salvarla del furor de los españoles, á los cuales tantas consideraciones había siempre guardado.

Este suceso resonó en toda la isla, llenando de espanto á sus naturales; la reina Isabel se contristó mucho al saberlo, y á don Álvaro de Portugal, Presidente entonces del Real Consejo de Indias, se le oyó decir: «Yo le haré tomar una residencia cual ninguna otra fué tomada.» El mismo Ovando debió comprender lo punible de su hecho y la gran responsabilidad que había contraído, puesto que, algún tiempo después, mandó abrir una información en la ciudad de Santo Domingo, para justificar la pretendida rebelión de los indios y el castigo á que se hicieron acreedores. ¡Irrisorio proceso, en el cual declararon los que habían cometido aquella hazaña, coincidiendo, como era natural, en los atroces crímenes que proyectaban los de Jaragua, y la sabia previsión del Gobernador, que había evitado un desastre para la Española, y casi, casi que se malograra la conquista del Nuevo Mundo!

Después, y porque se recordase tamaño escarmiento, fundó Ovando en esta provincia la población de *Santa María de la Vera Paz*, comisionando á Diego de Velázquez y Rodrigo Mejía para que persiguieran á los fugitivos que se habían amparado de las montañas con un sobrino de Anacaona. Preso éste, y ahorcado con muchos otros, Velázquez edificó las villas de *Salvatiera de la Zabana* y *Yáquimo* al SO. de la isla; Rodrigo de Mejía las de *Puerto Real* y *Lares de Guahaba* al NO., y otras dos que hizo construir Ovando en la provincia de Maguana, llamadas *San Juan* y *Azua*. En ellas mandó reconcentrarse los indios, destruyéndoles sus aldeas, para que estuvieran bajo la inmediata vigilancia de los españoles y les obligasen á trabajar.

Antes de pasar adelante, y para seguir el orden cronológico, quiero ocuparme de un hecho que, por relacionarse muy directamente con Cristóbal Colón, es de los más conocidos en la gobernación de Ovando.

Todos sabéis las peripecias y desgracias que acontecieron al primer Almirante en su cuarto viaje, desde que, pasada la tormenta, en la que pereció Bobadilla, abandonó las costas de la Española en busca de nuevas tierras. Su relato daría ocasión á una interesantísima conferencia; yo me limitaré á decir, que después de un año de penosa navegación, perdidos dos de sus navíos, desarbolados y casi deshechos los otros dos, azotados por las furiosas olas cuando dejaban la tierra, combatidos por los indios si á las costas descendían, y faltos de víveres y agua, no pudieron continuar por más tiempo su camino, y aunque les quedaba poco para llegar á la Española, se hallaron precisados á encallar las carabelas en las playas de Jamaica, para hacer de ellas habitación hasta que Dios dispusiera de su suerte.

No podía darse situación más crítica ni peligro más inminente. Aunque por fortuna encallaron en una isla habitada y los indios les daban algunos víveres á cambio de baratijas, estaban á merced de su voluntad y capricho, bien voluble por cierto; no había tampoco que abrigar la esperanza de ser recogidos por algún buque, pues entonces no eran frecuentadas aquellas regiones; llegar á la isla Española construyendo ellos un navío,

aunque fuera endeble, también era imposible, por carecer de materiales y herramientas, y Colón debió pensar que el fin de su gloriosa carrera iba á ser una obscura muerte en aquella olvidada isla, que él había descubierto el primero, y que ahora le abrazaba entre sus bancos de arena, como si quisiese retenerle en su seno, ofreciéndole anticipada tumba. (*Bien, muy bien.*)

En tan apurado trance, un hombre leal y apasionado de Colón, que ya otras veces le había mostrado su adhesión y cariño exponiendo por él hasta la vida, el heroico Diego Méndez, se ofreció á pasar á la Española en una canoa de las que usaban los indios, para que desde allí vinieran en su auxilio. Arriesgada era la empresa. Desde Jamaica á la Española hay 25 leguas; en aquellos estrechos de unas islas á otras, las corrientes son fuertes, las mares suelen ser bravas, y atravesarlas en un tronco ahuecado, sin estabilidad ni resistencia, era lanzarse á una muerte casi segura. Pero como no había otro medio de salvación, Colón aceptó el ofrecimiento y se despidió con lágrimas en los ojos de aquel valiente amigo y del italiano Bartolomé Fieschi, que en otra canoa le acompañaba. ¡Con qué emoción y ansiedad verían el Almirante, su hermano Bartolomé, su hijo Fernando y los 134 españoles que allí quedaban, la partida de aquellos dos hombres, con los cuales iba su última esperanza!

No puedo detenerme en referir esta travesía, que reviste caracteres épicos, y que el mismo Diego Méndez nos ha detallado en su testamento. Llegado milagrosamente á la Española, después de cuatro días, aun tuvo que recorrer otras cincuenta leguas, por tierras desconocidas y arrostrando grandes peligros, hasta encontrar á Ovando, que entonces se hallaba en Jaragua, ocupado en exterminar á sus habitantes. No hay que decir con cuánta elocuencia y sinceridad y con qué vivos y exactos colores, describiría Diego Méndez la angustiosa situación en que acababa de dejar al Almirante y los suyos. El mismo temerario viaje que él había realizado era la prueba más concluyente de la premura con que era preciso auxiliar á aquellos compatriotas, que de un momento á otro podían perecer en medio del mayor desamparo. El Gobernador oyó con benevolencia su relato, pareció condolerse de las desdichas ocurridas á Colón, hizo elo-

gios de la meritoria hazaña realizada por Méndez y concluyó diciendo que ya se ocuparía del particular.

Y, en efecto, pasaron días y semanas y meses sin que Ovando tomase la menor medida para socorrer á los encallados en Jamaica. El buen Diego Méndez insistía una y otra vez acerca de él para que cumpliera su promesa y evitara una catástrofe que hubiera sido una vergüenza nacional; pero siempre se le contestaba con evasivas y dilaciones, hasta que al fin, desesperado de que se atendieran sus ruegos y habiendo transcurrido ¡ocho meses! desde su llegada, partió para Santo Domingo, con objeto de fletar una carabela y enviarla en ayuda de Colón, si es que aun existía.

Pero no concluye aquí la conducta verdaderamente criminal de Ovando. Partido Diego Méndez y no bastándole á su espíritu receloso las pruebas que le había dado del apuro en que se encontraban los españoles, quiso convencerse por sí mismo de la verdad, y mandó á Jamaica un carabelón mandado por Diego Escobar, que era enemigo del Almirante y uno de los que se habían sublevado contra él. Imposible pintar el júbilo que sintieron Colón y los suyos al divisar aquellas velas que, sin duda, iban para poner término á los peligros y privaciones de todo un año; pero bien poco duró su esperanza y alegría. Llegado á cierta distancia el carabelón, aproximóse Diego Escobar en una barca á los españoles, y ya cerca, les dijo que llevaba una carta del Gobernador para el Almirante, que aquel se compadecía de su triste estado y que tenía órdenes severas de no llegarse á los navíos ni hablar con nadie, ni recibir mensaje alguno. Dicho esto, y habiéndoles entregado por todo socorro una barrica y un tocino, alejóse la barca, y bien pronto se perdió de vista el galeón, dejando á los cautivos presa de mayor angustia y ansiedad que antes.

Me espanto, escribe las Casas, de que le enviara tan escaso alimento para tanta gente; y Wáshington Irving dice, que aquel mensaje con aquel socorro, más que otra cosa, parecía un sangriento sarcasmo. Espanta, en verdad, esta conducta del gobernador Ovando.

Asegurado por Escobar de que era exacto cuanto había referido Diego Méndez, aun tardó más de un mes en decidirse, y

quizás no habría salido de su cruel indiferencia, si Diego Méndez, al llegar á Santo Domingo, no hubiera dado noticia del estado en que se hallaba el descubridor del Nuevo Mundo y de la pasividad de Ovando. El hecho era de tal naturaleza, que amigos y adversarios de Colón, prescindiendo de antiguas rencillas y atentos sólo á un sentimiento de humanidad y patriotismo, se pronunciaron en favor del Almirante, llegando á tal extremo la indignación de todos, que hasta en los púlpitos se censuró el proceder del Gobernador.

Sólo entonces comprendió éste la grave responsabilidad que contraía, y mandó una carabela á Jamaica, al mismo tiempo que Diego Mendez enviaba otra para recoger á su señor.

De propósito me he concretado á referir los hechos tales como los relatan el P. las Casas, que estaba entonces en Santo Domingo; Fernando Colón, que acompañó á su padre en aquel viaje, y Diego Méndez, protagonista de estos sucesos. Ellos, por sí solos, son más elocuentes que todos los comentarios y reflexiones para juzgar á Ovando en este punto. No hay un historiador de Indias, antiguo ni moderno, nacional ni extranjero, al menos de los que yo he consultado, que no afee su conducta y le dirija por ella duros reproches.

Sólo un español de nuestros días, con motivo de este Centenario y en esta misma tribuna, arrastrado, sin duda, pues de otro modo no me lo explico, por el afán de probar que cuanto se dice de enemigos de Colón es pura fábula, ha tenido el raro privilegio de intentar la justificación de Ovando con bien pobres razones, no dignas, ciertamente, de la vasta erudición que tiene en estos asuntos de Indias y el claro talento que todos le reconocemos.

Supone que Ovando obró de aquella manera por el temor que abrigaba de que llegando Colón á Santo Domingo pudieran reproducirse los escándalos y disturbios. Quizás sea ésta, en efecto, á falta de otra mejor, la razón que diera Ovando para explicar su tardanza. Pero si tal recelo, que en el estado que ya se hallaba la isla era infundado, pasó realmente por su imaginación, ¿no le imponía el más rudimentario deber de humanidad, ya que no de patriotismo, la obligación de enviarles un buque para que hubiesen marchado directamente á España sin tocar

en Santo Domingo? Y si esto le parecía demasiada generosidad, ¿no estaba obligado, no ya tratándose de Colón, no ya tratándose de españoles, sino de unos náufragos, cualquiera que fuese su país y nacionalidad, á ponerse en frecuente correspondencia con ellos y enviarles las ropas, víveres y demás cosas indispensables para que no pereciesen de hambre ó á manos de los indios? ¿Qué sublevaciones podía intentar Colón, agobiado por los años, rendido por las fatigas, enfermo de la gota y con su tripulación hambrienta, desmayada y medio desnuda? ¿Qué alborotos sobrevinieron cuando después llegó á la isla, permaneciendo en ella un mes? Y, sobre todo, ¿puede justificar la simple sospecha de que podía producirse un escándalo en Santo Domingo, aquel abandono en que se dejó al Almirante? ¿Qué mayor escándalo para el mundo todo y qué ignominia mayor para la patria entera, que la noticia de haber perecido el descubridor del Nuevo Mundo, casi á la vista de los españoles, sin que se le tendiera una mano compasiva, por temor á una alteración del orden público? (*Grandes aplausos.*) ¡Afortunamente Dios, que sin duda velaba por la vida de Colón, libró á nuestra patria de semejante vergüenza!

La otra razón que dió el conferenciante á que me refiero para mostrar que Colón apreciaba á Ovando, y, por tanto, éste no se había portado mal con él, es la afectuosa carta que el Almirante escribió al Comendador desde la isla *Beata*, anunciándole su llegada de Jamaica.

Aparte de que en aquellos momentos aun podía Ovando favorecer ó perjudicar mucho á Colón, y éste debía procurar agradarle, dicha carta no probaría, en último extremo, más que la generosidad y grandeza del Almirante, que así daba al olvido sus justos resentimientos. Pero más expresivas que esta carta son las amargas quejas que produjo contra Ovando cuando vino á España, y en las cuales llegó á decir que el Gobernador no le había socorrido para que pereciese en Jamaica, y que cuando mandó á Diego Escobar fué por saber si ya era muerto.

Muy difícil es sondar la conciencia humana, y más de personajes históricos; por eso yo no me atreveré á decir que Colón estuviese acertado al creer que Ovando quería su muerte; pero lo que sí puedo afirmar, juzgando por las apariencias y por he-

chos bien comprobados, es que si no tuvo esa intención dió motivo para suponerla.

Si algo faltase para hacer patente esta enemiga de Ovando á Colón, bastaría observar la conducta seguida por el Comendador con el Almirante en el tiempo que éste permaneció en Santo Domingo.

Cortés y afable en apariencia con el ilustre genovés, y mostrándole siempre una falsa sonrisa, no perdonó medio ni ocasión para molestarle en cuanto pudo. Puso en libertad á los hermanos Porras, que se habían sublevado contra los Colones en Jamaica, poniendo en grave riesgo sus vidas y haciendo que por vez primera se derramara en América sangre española vertida en fratricida lucha. Inútil fué que el Almirante le expusiera los agravios que de ellos había recibido y le mostrara las reales cédulas por las cuales él sólo podía ejercer jurisdicción civil y criminal sobre cuantos componían la expedición; Ovando no hizo caso, y hasta intentó prender y juzgar á los que, habiendo permanecido fieles, pusieron prisioneros á los Porras. Tampoco mostró gran empeño en la devolución de los bienes que fueron tomados á él y su familia por Bobadilla, y que tan reiteradamente le habían encargado los Reyes Católicos activase. Éstos y otros desaires análogos hicieron que Colón apresurase su regreso á España, trayendo bien poco que agradecer al Gobernador de las Indias.

¿Pero cómo ha de extrañar esta ojeriza cuando hay una razón clara y sencillísima que la explica satisfactoriamente y que se ha ocurrido á todos los historiadores? Ovando sabía que los Reyes ofrecieron á Colón reponerle en el mando de la Española cuando pasasen dos años y la isla estuviera pacificada. De aquí que la figura del Almirante fuese para Ovando una constante pesadilla y que procurase, por cuantos medios estaban á su alcance, retardar, y si le era dable imposibilitar, el momento en que los Reyes tuvieran que cumplir su compromiso. Dada la débil condición humana, no es aventurado suponer que ésta fué la sola causa de la conducta seguida por el Comendador Mayor con el primer Almirante.

Al regresar Ovando de su expedición á Jaragua se encontró con un cuadro bien triste en la ciudad de Santo Domingo. Se

habían concluído los alimentos llevados de España; las enfermedades seguían diezmando á los cristianos que, perdidas sus doradas ilusiones de recoger oro en las minas, se acogieron á la capital, esperándolo todo del Gobierno y nada de su esfuerzo particular; los indios, á los cuales se les había concedido una relativa libertad, en virtud de las terminantes órdenes de los Reyes que llevaba el Comendador, estaban tranquilamente retraídos en sus pueblos y entregados á sus habituales tareas y labranzas; y los españoles, que no concebían haber hecho tan largo viaje para vivir del trabajo, apremiaban al Gobernador con el objeto de que les diese indios que suplieran su indolencia y los sacasen de la miseria en que se encontraban.

En estas circunstancias, Ovando fué débil y no supo resistir sus exigencias, obligándoles á cultivar los terrenos que tenían á su disposición ó embarcando para España á los que no quisieran hacerlo; por lo cual, y quizás también porque él mismo creyera que los indios eran una raza inferior, algo así como bestias de carga, que Dios había puesto en aquellas tierras para que los españoles se sirviesen de ellas cuando llegaran, escribió una carta á la Reina, diciéndole que, á causa de la independencia que se les había otorgado huían del trato de los españoles, siendo imposible por esto doctrinarles é instruirles en nuestra santa religión, al mismo tiempo que se negaban á ayudar á los castellanos en el laboreo de las minas y cultivo de los campos.

Bien se ve que Ovando conocía á los Reyes y sabía que tocando la fibra del fervor religioso de la Reina, había de responder en el sentido que él se proponía. En efecto, D.ª Isabel le dirigió una carta, fechada en Segovia en 20 de Diciembre de 1503, ordenándole entre otras cosas «que compeliese y apremiase á los indios á reunirse con los cristianos para que se convirtieran al catolicismo y les auxiliasen en los trabajos de población y cultivo de la Española.»

No necesitó más Ovando para establecer los repartimientos de indios. El primer Almirante había iniciado ese abuso que tan fatales resultados produjo en la isla; Bobadilla lo afirmó dándole más desarrollo; pero cuando llegó á su apogeo y se estableció de un modo permanente y con carácter oficial, fué en tiempos de Ovando.

Algunos han querido presentar esta carta de la reina Isabel como origen legal de los repartimientos. Fijándose sólo en las palabras *compeláis y apremiéis á los dichos indios*, deducen que era una autorización en toda regla para ponerles en forzada servidumbre. Basta, sin embargo, fijarse en otros párrafos de ella para comprender cuán distinto era el espíritu que la había informado, y cuán lejos se hallaba la Reina al escribirla de creer que originaría los desmanes cometidos más tarde. En otro sitio de la misma se lee lo siguiente: «Pagándoles (se refiere á los indios) el jornal que por vos fuese tasado, lo cual hagan é cumplan como personas libres, como lo son y no como siervos; é faced que sean bien tratados los dichos indios, é los que de ellos fueren cristianos mejor que los otros, é non consintades ni dedes lugar que ninguna persona les haga mal ni daño, ni otro desaguisado alguno, é los unos ni los otros no fagades ni fagan ende al, por alguna manera, so pena de la mi merced, y de 10.000 maravedis para la mi Cámara.» Estas palabras no dejan lugar á duda, y aun sin ellas, bastaría fijarse en la intención que revela toda la carta y los caritativos sentimientos que por los indios mostró siempre la Reina para no achacarla semejante intento.

¡Ah! Si la bondadosa Reina de Castilla hubiese sospechado que aquellas dos solas palabras iban á servir de pretexto, en manos de un Gobernador débil é insensible, para cometer las crueldades é injusticias que se cometieron con los indios, obligándoles á inhumana esclavitud y sometiéndoles á brutal servidumbre; si hubiera comprendido que, escudados con sus órdenes, se arrancaría á la mujer de los brazos del marido, á los hijos del regazo de sus madres, para transportarles á largas distancias de sus hogares y haciendas, agobiarles con rudas faenas que en breve concluían con su organización delicada é indolente y saciar así, á costa de innumerables víctimas y cruentos sacrificios, la codicia de sus señores; si hubiera adivinado los tormentos que se les darían para agotar hasta el último resto de sus energías corporales, y cómo morirían de hambre abandonados en mitad de los campos, aquellos que por viejos, débiles ó enfermos, ya no se consideraban como buenas bestias de trabajo; si hubiera presumido que su afán de hacer comprender á

los indios las verdades de nuestra fe, iba á tener como único resultado el que aquellos sencillos naturales, que adoraron á los primeros españoles llegados á su isla como divinas apariciones venidas del cielo, concluirían por odiar á los cristianos hasta el extremo de considerarles infernales furias abortadas por el averno; si hubiese imaginado, en fin, algo de esto, ¡como se hubiera conmovido su sensible corazón, de cuánto horror se hubiese llenado su piadoso espíritu, qué lágrimas tan amargas hubieran escaldado sus mejillas y cómo habría sentido que á la sombra de su nombre se realizasen estos hechos, cuando su primer encargo á los Gobernadores que allí mandaba fué siempre para que no se les hiciese daño alguno, y había hecho volver libremente á las Indias los que se trajeron á España como siervos, y hasta en su lecho de muerte, postrada por el dolor y casi desprendido ya su espíritu de nuestro suelo, había vuelto sus ojos á la tierra para dirigir una mirada de compasión á aquellos infelices, y dedicarles un último recuerdo de ternura! (*Prolongados aplausos.*)

Repartiéronse los indios con tal prisa y en tal número, que pronto quedaron bien pocos en la isla Española. No acostumbrados á tan rudos y continuos trabajos y privaciones, perecian á millares, y el Gobernador tenía necesidad de reponer cada año los muertos é inútiles de las respectivas dotaciones. Los premios y los castigos consistían en dar más ó menos indios; los servicios y las influencias se pagaban con lucidos repartimientos, y llegó á tal extremo el abuso, que algún tiempo después, muerta ya la reina Isabel, se concedían á señores de España dotaciones de centenares de indios para que los explotasen allá sus criados y servidores, y que ellos, sin moverse de Castilla, recibiesen aquí los pingües rendimientos. De 3 millones que calculan había en la Española á la llegada de Colón, quedaban en los últimos tiempos de la dominación de Ovando sólo 60.000, es decir, que en catorce ó quince años habían perecido casi los 3 millones.

Al compendiar de esta manera sumarísima el trato que recibían los indios, no me atengo sólo al relato del P. Las Casas, que se ha supuesto exagerado en este punto. Todos los historiadores, expresándose con más ó menos vehemencia, convienen en

los mismos hechos, y hasta Fernández Oviedo, que es el más benigno con Ovando, y quien trata á los indios con más acritud cuando habla de ellos, confiesa en varias partes de su historia que muchos tomaban hierbas ponzoñosas para escapar de las fatigas á que les sometían, y también que se dieron bastantes casos de mujeres embarazadas que bebían ciertos brebajes para abortar y no abastecer con sus hijos aquella espantosa esclavitud. De modo, señores, que los indios llegaron á matar los dos sentimientos más fuertes y poderosos que existen en la especie humana, el instinto de vida y el amor maternal, para librarse del yugo de sus conquistadores. Esto no necesita ningún comentario.

Como los indígenas se acababan, y en cambio era insaciable la avaricia de los españoles, Ovando escribió al Rey Católico, siempre con el pretexto de la religión, para que le permitiese transportar á la Española los indios que habitaban las islas Lucayas. El Rey se lo consintió, y bien pronto pasaron á estas islas barcos con españoles que, primero por el engaño, después por la fuerza, y últimamente persiguiéndoles y cazándoles en los bosques, fletaron cargamentos de carne humana que vendían en público mercado, llegando á darse algunos, en los tiempos que más abundaba la mercancía, por el precio de cuatro duros. Las Lucayas quedaron en breve desiertas y sus naturales sometidos á la misma triste condición que los de la Española.

En tanto se habían sublevado por segunda vez los indios del Higuey, y Ovando mandó de nuevo al mismo Juan de Esquivel con 400 hombres, para que no les diese tregua ni cuartel hasta concluir con ellos y dar muerte á su cacique Cotubanamá.

Repitiéronse los estragos y crueldades en mayor escala que antes. Los indios trataron de resistir, pero teniendo por armas débiles flechas, por todo escudo sus desnudos pechos, por estrategia una inocente gritería y por única defensa la fuga á la desbandada, fueron arrollados sin ningún esfuerzo por los españoles, que hicieron en ellos gran matanza y les impusieron brutales castigos que espanta imaginar. Unos eran quemados á fuego lento; á otros se ahorcaba, de modo que con sus pies tocasen la tierra para que fuese más larga su agonía; á muchos se

cortaban las manos, y podían considerarse como muy afortunados aquellos prisioneros que se reservaban para dedicarles á la esclavitud.

Cotubanamá se refugió en la isleta Saona con su familia; pero hasta allí le persiguió Juan de Esquivel, que al fin le prendió, mandándole á Santo Domingo, donde fué ahorcado.

Esta fué la última convulsión de aquella raza que agonizaba. Los que quedaron, convencidos de su impotencia y soñando con la muerte como único consuelo, se resignaron con su negro sino, sin intentar nuevas rebeldías.

Tranquilo ya Ovando por esta parte, siguió poniendo en orden la Administración de la Española; organizó el laboreo de las minas y acuñación del oro, y en las cuatro fábricas de fundir que estableció, llegaron á recogerse al año 450 ó 460.000 castellanos de oro, ó sea cerca de 5 millones de pesetas; dictó disposiciones para dar forma legal á los amancebamientos que tenían los españoles con las indias; expurgó la isla de los viciosos que daban mal ejemplo, enviándoles á España ó quitándoles los indios, que entonces era el castigo más temido; mandó en 1508 á Sebastian de Campo á reconocer la isla de Cuba para saber si era ó no tierra firme, lo cual aun se ignoraba, á pesar de lo que, con fecha anterior, indicaba en su célebre carta Juan de la Cosa; envió también á Juan de Esquivel á la isla *Boriquen*, hoy Puerto Rico, para que la reconociese, y gobernó, en fin, con bastante discreción y prudencia, lo cual hace más sensible haya manchado su nombre con las anteriores desaciertos.

En Julio de 1509 llegó á Santo Domingo D. Diego Colón, que había conseguido ser nombrado por el Rey Gobernador y Capitán general de las Indias, en cumplimiento de las estipulaciones hechas con su padre. Después de tomar residencia á Ovando, abandonó éste la Española en Septiembre de aquel mismo año, y al poco tiempo de llegar á Castilla, estando celebrando Capítulo la Orden de Alcántara, falleció en esta ciudad, donde se halla enterrado, el 29 de Mayo de 1511.

Con la rapidez que me imponía el corto tiempo de una conferencia, he procurado condensar los sucesos más notables de la gobernación de Ovando. El carácter de este personaje y el

juicio imparcial que de los mismos sucesos se desprende, puede expresarse en muy pocas palabras.

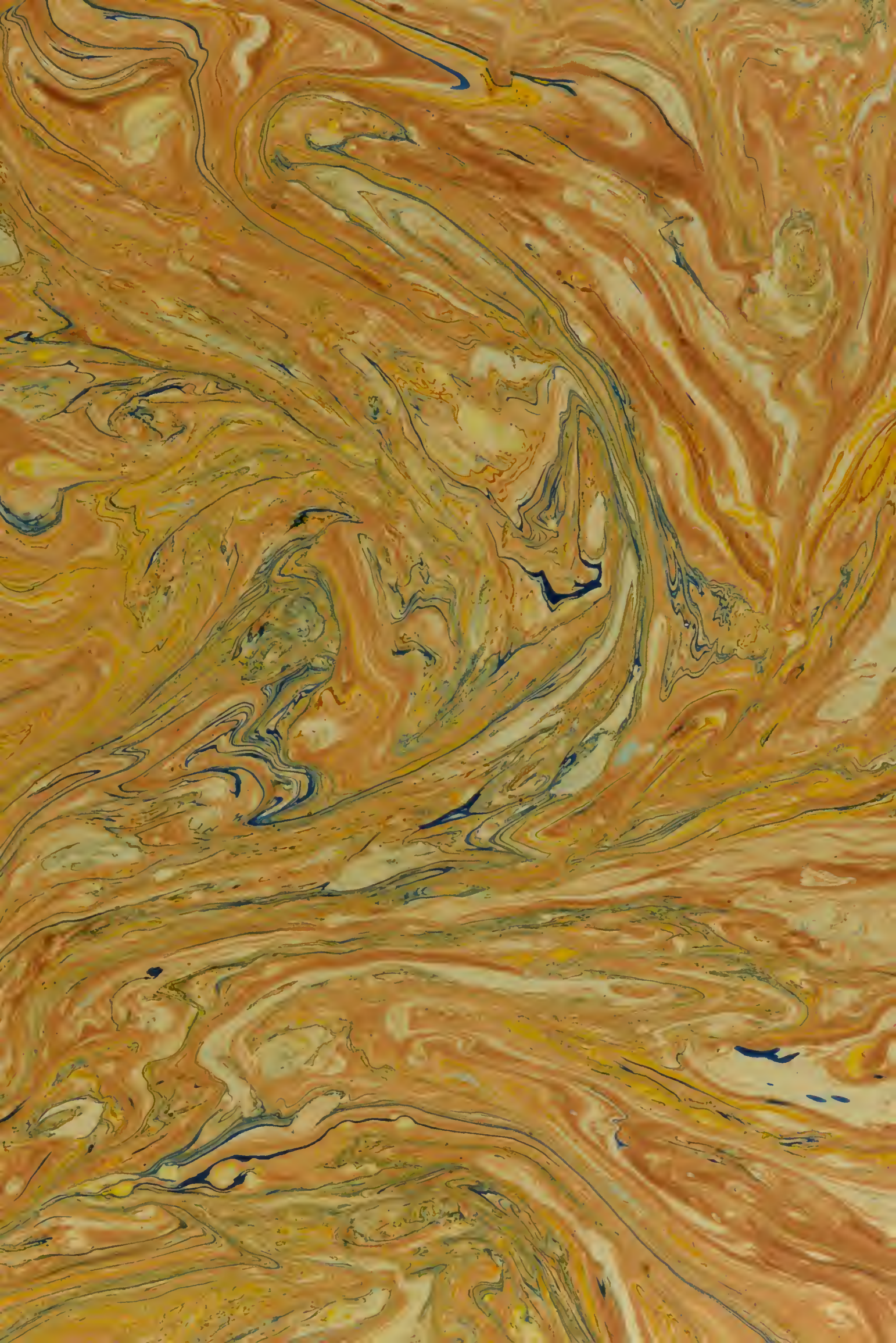
Hombre prudente y amigo de la justicia, como dice el P. Las Casas, hubiera sido un excelente Gobernador en otro lugar y en distinta época. Pero rodeado en la Española de gente devorada por una insaciable codicia, no tuvo energía para resistir sus inmoderadas exigencias; esto, unido á que su ánimo receloso le hacía ver traiciones y peligros en todas partes, le arrastró á cometer las demasías de que le culpa la Historia.

Hay que reconocer, y yo lo hago gustoso á fuer de imparcial, que algunos de sus desaciertos y errores provenían de las creencias y costumbres de su época, así como también de la necesidad que hay en los primeros tiempos de toda conquista, y más tratándose de países tan vastos, desconocidos é incultos como aquéllos, de emplear ciertos rigores y recurrir á medidas extremas, que pueden aparecer bárbaras y crueles con el transcurso de los siglos, pero que tienen su explicación, ya que no su disculpa, en las apremiantes condiciones del momento.

Dulzuras parecerían ciertos castigos de Ovando y de los españoles, comparados con los procedimientos que emplearon otras naciones en conquistas análogas de aquella misma fecha, y aun en épocas muy posteriores, en nuestros mismos días, siendo la cultura mucho mayor y otras las leyes, ideas y costumbres, no faltan ejemplos de más horrible crueldad, que imponen las circunstancias aunque los repugnen las conciencias. (*Bien, bien.*)

Si los historiadores no aprecian en todo su valor algunas prudentes y sabias medidas de Ovando que contribuyeron, sin duda, al engrandecimiento de la Española, consiste en que estudian é este personaje principalmente en sus relaciones con el primer Almirante, y desde este punto de vista, la conducta del Comendador Mayor es inexcusable.

Hago estas consideraciones finales, porque otros de los que han ocupado esta cátedra han tenido la fortuna de poder pintar grandezas de nuestra patria y referir maravillosas empresas de sus hijos; yo, para ser sincero, me he visto precisado á presentaros un cuadro en el que predominan las tintas negras y los colores sombríos. La verdad histórica debe ser acatada con respeto, hasta cuando nos acusa y condena, y á ella he procurado

ajustarme fielmente al describiros este período de nuestra dominación en las Indias. No importa, sin embargo, que mis labios hayan pronunciado palabras de desconsuelo al recordar hechos tristes y por todos lamentados; esto no puede aminorar en modo alguno la gloria alcanzada por los españoles en aquella magnífica época de nuestra historia. La luz, mientras más brillante, proyecta más densas sombras, y las heroicas virtudes de aquellos intrépidos marinos y valientes conquistadores necesitan como contraste, para ser apreciadas en todo su inmenso valor, la sombra de las pequeñas pasiones y el fondo obscuro de las debilidades humanas. Porque tan épicas hazañas acometieron, tan sobrehumanos esfuerzos realizaron, á tal extremo llevaron la audacia y osadía para uncir al carro triunfal de España aquel mundo nuevo que habían arrancado á las profundidades misteriosas del Océano, que cuesta trabajo creer fueron hombres los que tal hicieron, y si no se refirieran al mismo tiempo sus flaquezas y errores, la leyenda los hubiera considerado como héroes fabulosos y la Historia quizás se hubiese resistido á creer en la existencia de estos nuevos Titanes. (*Grandes aplausos.*)

El sol tiene manchas, y sin embargo ilumina al mundo; he aquí el único símbolo digno del acontecimiento que hoy conmemoramos. Por muchas que sean las censuras y negaciones, el descubrimiento y conquista de América será eternamente espléndido sol que allá, en la cúspide de nuestra historia, y á través de todas las generaciones, irradiará oleadas de gloria sobre la nación española é inextinguibles resplandores sobre sus hijos. He dicho. (*Grandes y prolongados aplausos.*)